

## **Violencia feminicida institucional desde las vulnerabilidades**

## Semántica de la crueldad: el destierro del deseo fecundo desde los vórtices del género\*

### *Disertación a manera de prólogo*

En nuestros días, las diversas manifestaciones y reclamos tienen que ver con la lucha por la pluralidad y lo diverso. Los numerosos discursos deambulan desde las calles petrificadas y acorazadas con enormes murallas de metal que se inscriben en la defensa de la integridad gubernamental —lo que sea eso—. Choques violentos contra un sistema que les desdeñan con crueldad o grandes intereses corporativos que los asumen como agentes de mercado. Así, el espacio cibernético se ve plagado de elegantes aseveraciones de alto calado, o también vulgares disquisiciones que pululan reivindicación u odio desmedido. Los grandes tribunales académicos también disertan, e incluso supuran sapiencia, y en otros casos cargas moralizantes insertas en confusas lógicas *des-estructurantes*.

Es bajo este orden de ideas que las posturas parecen un tanto radicales, pero ayudarán a enmarcar los argumentos a exponer desde un referente dialéctico. Así, el principio analítico, en el que se sustenta el presente discurso —escrito o hablado—, pretende sacar a la luz algunas sencillas premisas que tratan de comprender a la violencia como el escenario

\* Elaborado por José Cruz Jorge Cortés Carreño, profesor-investigador de la Universidad Autónoma Chapingo. ORCID: 0000-0001-5970-8108.

donde los nuevos sujetos sociales se manifiestan. Es de vital importancia comprender las coordenadas donde están ubicados todos aquellos grupos o cuerpos que luchan por sus intereses y deseos.

### *Hacia un breve esbozo de la semántica de la crueldad*

Hablar de violencia y crueldad dentro de la diversidad de manifestaciones sociales nos remite ineludiblemente a recordar una de las máximas más significativas. Es decir, pensar la violencia como un elemento propio de la naturaleza humana puede ser difícil de digerir; sin embargo, contiene una inminente formulación realista en su hechura. En términos spinozianos, es ineludible pensar que el pez grande se come al pequeño, y con ello entender que la conformación estatutaria del orden se encuentra en aquellos que por la fuerza se imponen. Es la forma en que los seres vivos determinan su posible existencia en el mundo. Es acá donde se puede decir que, para poder sobrevivir, el individuo en su forma biológica se torna agresivo para conservar la vida. Esto parece un elemento que puede legitimarse en términos de una moral indisoluble. Por otro lado, la violencia implica elementos que se relacionan con el poder y su diseño sistemático, que puede ser estructural y potente. Por último, la crueldad implica un acto de sofisticación, cada vez más acuciante, pues controla cuerpos, que somete económica y políticamente a grandes sectores. Es pues, la crueldad un elemento que puede decantar en la seducción y legitimación de aniquilamiento de naciones enteras.

Más que una disquisición desde la filosofía política, la violencia se ha convertido en uno de los fenómenos más frecuentes, e incluso más excitantes en la sociedad contemporánea, y no porque en otras etapas de la historia no haya sido referente de un constructo social, sino que, en la actualidad, es un “artículo” o “producto” redituable, que se ha sofisticado con gran amplitud. Es decir, la crueldad ha tenido como *gen* vinculante la monstruosidad, como aquello que se articula desde lo grotesco hasta la más amplia configuración de significantes deseantes.

La monstruosidad representa la imagen típica y alegórica del poder. Es el espacio donde el enfrentamiento contiene una relación inevitable, que se puede pensar como un proceso amigo-enemigo. La contraposición es un proceso de refutación excluyente, pero a la vez necesaria. Todo eso permite una relación de unidad innegable, que permite movilidad a entendimiento humano; para que con ello se pueda establecer un tratado de paz o, en palabras más simples, un pacto, que, sin embargo, descansa en un proceso simbólico y corpóreo de la violencia.

Los actos violentos a nivel histórico han sido parte intrínseca del ser humano. Así, los actos violentos han sido el centro de atracción de la mayoría de las culturas. Un ejemplo tácito de lo expuesto se puede encontrar en las diversas manifestaciones mítico-religiosas. Para la mitología griega, el surgimiento del universo confluye simbólicamente entre el amor y la violencia. Después de la creación, la madre de Zeus le comenta a éste que sea cuidadoso, pues su padre, al nacer sus hijos los traga, y por temor alista a su vástago para que, al momento de salir de su vientre, logre matar a su padre. Dicho acto remite a comprender las figuras etéreas presentadas por los griegos y comprender su indisoluble conformación violenta, donde incluso el parricidio es un acto loable, que permite la conservación de los seres en el mundo.

La perspectiva vikinga no difiere en lo absoluto de la visión griega. En este caso, el bien y el mal, el amor y la violencia, la tolerancia e intolerancia, lo claro y lo oscuro son dos caras de la misma moneda; todo esto ejemplificado en las figuras de Thor y Loky. La investidura de lo violento exhibe el equilibrio y personalidad de los vikingos como pueblo dominador, sin lugar a duda, no sólo de su época, sino en nuestros días.

Los hebreos son aún más enfáticos al referir los planos de la violencia. La creación puede visualizarse como un estatus simbólico violento, pues la luz y la oscuridad, la tierra y el agua, la creación de todo aquello que forma parte de la tierra; incluso el hombre generó un enorme cansancio en Dios — ambiguo, pero cierto—. El castigo a Adán y a Eva, por comer del

árbol de la ciencia, es de una gran elocuencia sistémica, aunado a diversas manifestaciones de poder, como el castigo hacia Caín por matar a Abel. Es una exhibición tácita de su poder sobre sus creaciones. Esto es sólo el botón de muestra de la exhibición de la violencia desde los primeros habitantes de la Tierra, según su grandilocuente mito de origen.

Las posturas expuestas por los mesoamericanas no están fuera de esa lógica. Más allá de una visión romantizada, es claro que en sus mitos algunos dioses entran en planos de discordia, egoísmo y violencia al concebir el cosmos y sus posturas en el mundo. Es posible que, en el contraste entre Quetzalcóatl, como dador del maíz, señor de la Aurora, aquella serpiente de plumajes coloridos, dador de vida y luz, está Huitzilopochtli, el colibrí que advoca al sol y el portentoso dios de la guerra. Así, el nacido de Coatlicue tiene que defender su vida —como hijo no natural—, al salir del vientre de su madre con su *xiuhcóatl* —arma—, mata a Coyolxauhqui, su hermana, y a sus cuatrocientos hermanos, donde ella termina desmembrada. Después del desmembramiento, tomó la cabeza y la arrojó al cielo. Es ahí donde ella se convertirá en la Luna, y él será el Sol.

En este breve bosquejo a partir de algunos mitos de origen se puede comprender que la violencia es un asunto irrefutable en el ser humano. Se podría pensar que dichos esbozos sólo forman parte de la perspectiva mítico-religiosa; sin embargo, no es así. Esto es incluso la institucionalización del control social que se articula desde la estatalidad; es, pues, la guerra la que determina quién se impone y quiénes, por ende, obedecen. Para ser un poco más contundentes, la máxima que escudriñó Thomas Hobbes (2013) al decir: “homo himini lupus” —el hombre es el lobo del hombre—, describe esa naturaleza violenta del hombre. En ese entender, el ser violento es inercial a la vida misma. Es su naturaleza la que lo constituye y formula. Es la máxima posibilidad de fomentar sus afecciones: odio, ira o enojo, además de placer, deseo o goce.

## *El destierro del deseo o la exigua apropiación del goce*

Para pensar en el deseo o en el goce, podríamos remitirnos a enormes disertaciones psicoanalíticas de abigarrada argumentación. Sin embargo, en este caso no se entablará tal discusión, aunque es posible referenciar algunos argumentos que devienen de tan culta apreciación. La idea en este discurso me interesa comenzarla con una de las fuentes más interesantes de la etapa clásica griega, un filósofo muy poco conocido y difícilmente citado: Epicuro. Para él, las pasiones o las manifestaciones emanadas desde el apetito y el deseo son ineludibles en el individuo. El deseo permite hurgar en los más amplios recovecos de la felicidad; por eso, cuando nos alejamos del placer y el deseo, nuestro acercamiento al dolor es cada vez más amplio. En palabras de Epicuro (2018), “decimos que el placer es el principio y fin de la vida feliz... Así el principio del placer, la *hedoné*, constituye la meta de nuestro actuar, o el blanco de nuestras acciones”.

Los apetitos del cuerpo nos llevan a la felicidad. Así, el deseo, al ser consciente de sus apetitos, tiende al bien, a buscar la libertad de su ser en sí. El deseo y el goce parecieran elementos que buscan sin duda la libertad; son formas en las que el individuo manifiesta sus apetitos y su irrefutable pasión. Esto puede ser significativo, pues las afecciones del cuerpo sin tener restricciones implicaría un acto emancipatorio de gran envergadura, y lo es. Sin embargo, en la dinámica del capital, dicha manifestación libertaria sufre una suerte de tergiversación, pues es una especie de libertad ultrajada; es una especie de arsenal de mercancías que puede sin duda potenciar tasas de ganancia descomunales. Entonces, la felicidad epicúrea deja su esencia y se convierte en una especie de cascarón que ha sido vaciado por completo, y que a su vez es rellenado por una carga mercadológica desgarradora y cruenta. Es la potenciación del goce y una autoexploración monstruosa. Es en este escenario donde la dinámica de producción y su relación con el consumo está resuelta a generar una incommensurable tasa de ganancia, como un principio del placer. Es pues la desmesura la que invoca la fantasía convoca nuestro deseo, nos enseña a desear.

El placer que se siente al entrar al mercado y consumir, implica que el individuo considere que le satisface o se le hace creer que le satisface... al estar en sus escaparates; se enfrenta al fantasma de su deseo de pertenecer y ser reconocido y ahí, en los brillos de las vidrieras, se siente sobrecogido por la *hybris*, es decir, la contundente imposibilidad de satisfacer su deseo y su goce. Hay algo de quimérico en el capital: anuncia que la única experiencia fiable es la realización del placer —con el único acceso por la vida del dinero— y, alrededor de ello, crea nuevas formas de culto... (Cortés y Reyes, 2019).

### *Exclusión del deseo fecundo: lucha y resistencia desde la diversidad*

Si el ser humano en términos corpóreos o materiales es un ser egoísta y, por lo tanto, violento —por su inherente animalidad—, sería absurdo pensar en la posibilidad de la construcción de sujetos que reivindiquen su proceso existencial corpóreo. La posibilidad del sujeto a tomar decisiones —más aún desde la diversidad— y construir su realidad en el contexto actual, se ve constreñida por aparatos de dominio, control y violencia. El orden dominador dirige a los sujetos a través de actos y mecanismos contundentes. El sujeto no tiene por lo tanto voz ni voto —aunque así parezca—, reduciendo con ello las posibilidades de reconstruirse a sí mismo, aunado a la imposibilidad de hacerse público desde sí. Es un sujeto encadenado en un orden previamente diseñado, aun cuando el capital lo presume en sus diversas manifestaciones mercadológicas.

El establecimiento de un orden unidimensional y la inmanencia del “poder red” ha generado un *monstrum-nihilista*\*\* que se desgarrá internamente —generando una implosión—.

\*\* La analogía coincide con las aseveraciones sobre la monstruosidad. En este caso la Joven Mary Shelley, al describir a aquel ser *Monstruo* creado por el doctor Victor Frankenstein, nos invita a reflexionar sobre los planos de dolor, exclusión y violencia de la cual ella misma fue víctima, pues describe que dicho ser está construido por una diversidad de partes de individuos muertos y putrefactos, y, por ende, es un ser amorfo exento de cualquier rasgo

La posibilidad de un horizonte de libertad parece imposible, puesto que el ser humano se enfrenta irreductiblemente a una serie de complejidades difíciles de resarcir. La direccionalidad del ser constriñe la libertad y posibilidad del sujeto a ser libre. Es un prototipo de ser. El ser no es; es sólo representación; se es separado por la nada o, peor aún, imaginación de ser, imaginarse que es, cuya implicación estriba en que por más que cumpla con las funciones de representación de su papel es sólo neutralizado.

Ante dichas manifestaciones, se puede pensar que la otredad, lo plural, lo diverso, resuelven las más cruentas formas de control y dominio; sin embargo, esto no es así; la realidad es cada vez más categórica y cruenta. La victimización de la cual se ha nutrido el discurso reivindicativo ha sido en muchos sentidos utilizada por la dinámica de la forma valor; esto es, el capital se come a sus hijos, esas víctimas que ha generado por décadas, y ahora las engulle para darles colorido, personalidad y supuesta visibilidad. Las manifestaciones propias de un reconocimiento desactiva el deseo fecundo de quienes en una lucha legítima se ven subsumidos por una dinámica comercializadora que los incluye en su formalización, pero los excluye en sus condiciones materiales de existencia. En el marco en el que se manifiestan los apabullantes mercados que les dan visibilidad se encuentran notables procesos desintegradores y de amplia manipulación comercial. La tiranía sigue posando sus colmillos sobre aquellos que pretenden ser integrados a un sistema económico que les succiona el espíritu y los decodifica como instrumentos o piezas en un tablero, donde su posición sigue siendo la de peones que son explotadas y excluidas cuando dejan de servir a los propósitos más exiguos del capital.

---

o principio racional. Al cobrar "vida" y buscar amor, éste es rechazado tajantemente por una sociedad arrogante e intolerante que se niega a sí misma. Es como mirarse al espejo y escupirse al rostro, destruir su mismidad para no ver la podredumbre y oler el tufo que la encarna; esto es análogo a la paradoja del tirano. El texto enmarca con crudeza la realidad que somete a los sujetos en una época donde el nihilismo tiene su origen, la *nada totalizante* erosiona y destruye a los individuos; así pues, el *monstruo-nihilista* se destruye a sí mismo, genera redes de poder que decodifica a los sujetos, los somete a su designio y los expone irremediabilmente a la angustia, al vacío desolador.



## Reflexiones finales

El totalitarismo no sólo es fundado desde una formulación gubernamental, sino desde una dinámica sistémica, que somete y subsume sus más amplios deseos. Desde la perspectiva epicúrea y spinoziana, las afecciones cercanas al odio, al enojo y a la ira generan una cercanía al dolor y un alejamiento inminente a la felicidad. Por eso, la lucha por ser libre y ser feliz puede pensarse como una ruptura con respecto a la opresión y a su violenta y cruel conformación. En esa tesitura, sufre una especie de paradoja libertaria, pues es fuente fecunda de la dinámica del capital. Es la realidad innegable que acomete a los sujetos que esgrimen su diversidad y emancipación en una jaula que les aprisiona y direcciona sus voces y sus cuerpos.

## Referencias

- CORTÉS CARREÑO, José C. J. y REYES TOXQUI, Álvaro (2019), *Lo fáustico y lo prometéico*, México, Cofradía de Coyotes.
- HOBBS, Thomas (2013), *Leviatán*, México, FCE.
- GARCÍA GUAL, Carlos (2018), *Epicuro*, Madrid, Alianza Editorial.
- SPINOZA, Baruch (2018), *Tratado político*, Madrid, Alianza Editorial.